

La conversación con mis hijos

Félix Cruz-Álvarez

*Ya están demás las hojas del otoño,
el viento y sus metáforas,
la alquimia del reloj que nos sorprende,
los símbolos perdidos entre las sombras necesarias,
y las imágenes que han hecho del amor una tristeza.
Vamos a conversar de muchas cosas
vencido el mito de la calma por la premura de la vida,
y así, lentas, regresen las palabras que acaso hicieron mucho daño,
y las que fueron buenas para cerrar un llanto y abrir una sonrisa,
y las dichas al fuego y a la furia
y a la ternura singular que pudo abrir el surco de los besos.
Dejemos estos tiempos y otros tiempos,
y que sea una voz, la sola voz,
quien llene los momentos sin querer ser oráculo,
ni promesa, ni duda ni esperanza,
sólo una voz fluyendo lenta al ritmo de la sangre que, despacio,
pone al desnudo el verbo seminal que acaso es esta vida.
No tengo que decirles cómo es de dura la tristeza,
estar entre los nombres de tantos que yo amo
con las palabras simples del silencio,
porque no tienen puerto mis férvidas palomas.
Que no lo entienden yo lo sé: que sólo el tiempo
y esto de no ser ya como la luz
son los que llevan, sin saberlo, culpa.
Pero casi quisiera hacerles ver la hondura de mis aguas
—las marejadas, tristes algunas, alegres otras—
y así pasar aunque sea por miedo a tanta sombra,
ocupar un espacio entre la gente
que yo engendré, que yo puse a vivir
sin reclamar el precio de mi sangre,
sin alargar las manos, ya cansadas,
que abrieron una vez tantos caminos.
Es extraño este sitio, este escuchar distante
al que quisiera dar sustancia y fuego,
pero me queda en ciernes la intención, ya hecha cenizas,
y al brillo de la lámpara
sólo soy quien pronuncia los nombres de los muertos.*